

EL HOMBRE UNIVERSAL

Hernán Venegas Delgado

La historiografía regional y local en América Latina y el Caribe: una visión desde Cuba*

“La perspectiva ampliada de los historiadores es también amplitud de miras, tolerancia frente a las interpretaciones divergentes y aceptación ecuánime del debate provechoso y de la crítica incisiva, de la metodología y el enfoque novedosos, de la tímida aportación del neófito y del audaz cuestionamiento del veterano”.

Fernando Picó (1993).

Los estudios históricos regionales y locales con una óptica contemporánea han tenido en el último cuarto de siglo un notable aunque variado desarrollo a nivel internacional, pero en los últimos años han adquirido otras dimensiones que, muchas veces, han escapado de la acuciosa mirada de nuestros colegas.

Estas dimensiones están directa, aunque no exclusivamente entroncadas con los procesos de globalización, cuyos primeros ecos llegaron a nosotros desde la lejana región (¿macrorregión?) de Nagorni Karabaj, donde armenios y adzerbaijanos dirimieron sus diferencias regionales, nacionales, culturales, religiosas y étnicas. Habían reaparecido viejas aristas de la cuestión regional y nacional,

* Intervención especial efectuada en forma de resumen, en la sesión de clausura del XIV Encuentro de Historiadores Locales. Santiago de Cuba, 27 al 29 de noviembre de 1977.

con todas sus implicaciones, quizás no vistas desde el período de desintegración del antiguo Imperio austro-húngaro. Como es sabido, de forma aún más lacerante para la humanidad, conflictos similares se producen en otras regiones del desaparecido estado soviético y con especial énfasis en las fronteras de la antigua Yugoslavia, en las que la huella de esa monarquía dual antes mencionada se sigue observando, conjuntamente con la del mundo y cultura musulmanas heredadas del Imperio otomano y la de la cultura eslavo-ortodoxa, en un choque titánico en que la región y la localidad son casi siempre sus marcos expresivos. Es así como el pasado se manifiesta en el presente y se proyecta hacia el futuro, cuestión en la que el aspecto regional tiene un peso nada desdeñable.

En América Latina y el Caribe, donde estos problemas parecían estar adormecidos hasta años recientes, la autonomía de la costa Atlántica nicaragüense evitó un conflicto latente en un conjunto regional de bien definidas características distintivas. Otro fue el rumbo tomado por el ¿inesperado? conflicto de Chiapas, a cuyo desprendimiento de la capitania general de Guatemala en la época de la independencia, siguió todo un proceso de agravamiento de sus problemas regionales integrales, entre los que descuellan con fuerza los étnico-culturales y los económico-sociales, traducidos en una rebeldía armada difícil de pronosticar en su futuro.

Si a estos ejemplos se une el constatado y evidente hecho de la notoria presencia de la región en América Latina y el Caribe, resulta imprescindible destacar la necesidad imperiosa del análisis regional en cualesquiera de los problemas que atañen a la América Nuestra. Es así como con justa preocupación se han recibido por algunos intelectuales latinoamericanos tesis como la de Kenichi Omahe, aparecida en la influyente revista norteamericana *Foreign Affairs* y que sustenta nada más y nada menos la posibilidad, en las condiciones de la globalización, del surgimiento de “estados-regiones” allí donde las necesidades del capital transnacional así lo requieran.¹

Se trata, y así se explicita en dicho artículo, de la factibilidad de la desaparición de los estados nacionales ante dichas “necesidades”; se trata de la supuesta caducidad de esos estados, lo que, traducido a la América Latina y el Caribe, significaría una mayor fragmentación y

¹ Kenichi Omahe, “The Rise of the Region State”, en revista *Foreign Affairs*. num. 72, Washington, 1994, págs. 78-87.

debilitamiento de esta parte del Continente. Por ello, tesis como esta que esbozamos han traído enconadas polémicas como la efectuada no hace mucho entre periodistas, politólogos, fronterólogos e historiadores colombianos y venezolanos.²

Si esto es así y le aunamos las ancestrales y/o actuales aspiraciones regionales en un buen grupo de países del continente nuestro, los científicos sociales estamos en el deber de atender la cuestión regional en todas y cada una de sus implicaciones, aunque aún trabajemos de forma aislada y sin una verdadera conexión entre nosotros. Soslayar, minimizar, ironizar, burlarse de los estudios regionales y locales no demuestra sino una supina ignorancia ante un serio asunto que, en el peor de los casos, requiere siquiera del silencio ético y de la honestidad del hombre de ciencia hacia aquellas parcelas del conocimiento que no domina.

Para los historiadores regionales y locales esas realidades indican que nuestra mirada debe estar bien atenta ante la multitud de asuntos que el trabajo regional y el local implica, y en lo que respecta a la historiografía con esta orientación se desprende lo imperioso de la preparación continua y constante. Es así como debemos considerar la renovación historiográfica regional italiana planteada desde las publicaciones *Quaderni Storici*, *Microstorie* y *Parolechiave*, la primera de las cuales contiene en uno de sus números el manifiesto inicial sobre la “microhistoria” de C. Ginsburg y C. Ponti.

Este tipo de estudio se ha asentado no sólo en la diversidad regional y local italiana, sino en su propia historia de fragmentación política hasta el siglo pasado, sólo comparable en ese sentido a la alemana. De aquí que los estudios sobre los pequeños estados y las ciudades medievales y renacentistas italianas constituyan piezas claves a la hora de manejar creativamente el método analógico-comparativo

² Tito Livio Caldas, “En la zona fronteriza colombo-venezolana. ¿Nace el primer Estado-Región de América Latina?”, en periódico *El Universal*, Caracas, 30 de diciembre de 1994, cuerpo 1, pág. 12.

Pablo Ojer, “La tesis del Estado-Región, ¿Ciencia o trampa?”, en periódico *El Globo*, Caracas, 16 de enero de 1995, pág. 14.

_____, “La tesis del ‘Estado-Región’, para el expansionismo”, en *op.cit.*, 23 de enero de 1995, pág. 16.

entre nos- otros. Autores como Elena Fasano, Lucio Gambi y Giovanni Levi se destacan en especial, y entre éstos el último de ellos, gracias a la traducción al español de uno de sus trabajos.³

Precisamente las dificultades de la traducción -al menos a idiomas tales como el inglés o el francés- han limitado la recepción de una no menos importante, aunque no tan extensa experiencia como la italiana: la del trabajo histórico regional y local de Alemania, país con una rica historia de sus Länder o grandes regiones, sobre las cuales se produce el debate⁴. Similar experiencia, pero quizás más reciente, nos la encontramos en otro caso dentro del área cultural germana en la pequeña Austria, con no pocas aleccionadoras experiencias en la relación región-política-nación.⁵

Otros países europeos aconsejan mantener una mirada avizora en las múltiples cuestiones que implica la problemática regional. Tal es el caso de España y su proceso autonómico, donde un reverdecimiento de las culturas y de la historiografía regional alcanza insospechados vuelos. Este país muy sensible a los intereses y a la historia latinoamericana, donde uno de sus conjuntos regionales más significativos, el de Cataluña, puede continuar resultando de interés para nosotros, más allá incluso de los trabajos del siempre apreciado Pierre Vilar. En Gran Bretaña, tras el aliento vivificador que significó la obra de regionalistas tales como Alan Macfarlane, a fines de la década de

³ C. Ginzburg y C. Ponti, "Il nome e il come: scambio ineguale e mercato storiografico", en revista *Quaderni Storici* num. 14, 1979, págs. 181-190.

Elena Fasano Guarini, "Center and Periphery", en revista *The Journal of Modern History* num. 67, The University of Chicago, Suppl., dec. 1995, págs. 74-96.

Lucio Gambi. "Autonomía e territorio/Autonomia e regione", en revista *Parolechiave* num. 4, Roma, mayo de 1994, págs. 89-95.

Giovanni Levi, "Sobre microhistoria", en Peter Burke et *alii*, *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, 1993, capítulo 5, págs. 119-143.

⁴ Winfried Schulze (Hg.), *Sozial-geschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie: eine diskussion*, Göttingen, Vandenhoeck und Ruprecht, 1994.

⁵ William D. Bowman, "Regional History and the Austrian Nation", en *The Journal of Modern History* num. 67, The University of Chicago, dec. 1995, págs. 873-897.

1970 e inicios de la de 1980, todo parece indicar que un resurgimiento de estos estudios se puede prever con los procesos de descentralización emprendidos hace años y reactualizados hoy en día. Trabajos como los de Michael Braddick⁶ parecen augurar buenas perspectivas, pero lo que sí es un hecho es la importancia que tiene en el Reino Unido la historia urbana, a través de su cabeza visible, H.D. Dyos, su Grupo de Historia Urbana (Urban History Group) y sus publicaciones Urban History Newsletter y Urban History Yearbook. Tan trascendental ha sido su contribución a esta área de la historia que hace tiempo se habla del “Fenómeno Dyos” (“Dyos Phenomenon”).

En Francia, hacia donde miramos todos -al igual que lo hacemos hacia México- los regionalistas encontramos fuentes de inspiración, métodos, comparaciones útiles que siempre resuenan en nuestros trabajos; por eso leímos con preocupación el editorial de los Annales de marzo-abril de 1988, en que todo se ponía en tela de juicio y con ello, de forma implícita, a la historia regional y local misma. Entraban en cuestionamiento lo interdisciplinario, los grandes paradigmas historiográficos, la “*longue durée*” tan cercana a nuestros días formativos, la especialización en uno u otro campo de la historia. Se volvía a la historia política, a la biografía, al nacionalismo reafirmativo; se daba paso a la historia de las mentalidades, a la historia intelectual, al análisis de los sucesos triviales hasta entonces marginados, a la historia de las mujeres, de los homosexuales, de los “grupos sociales” apenas estudiados, al hurgar en los aspectos más escabrosos del fascio, del petainisme, del nacional-socialismo. Se producía lo que Francois Dosse llamó “el desafío revisionista”.⁷

Afortunadamente las aguas vuelven a tomar su nivel. La ‘revisión’ ha abierto nuevas perspectivas; nos ha relacionado con una historia más amplia y más humana, en que la criba ha traído más ventajas que desaciertos. Y los antiguos paradigmas generales de la historia resurgen. La historia regional y local, pronto llamada a filas por esta “*nouvelle vague*”, a fin de cuentas se ha enriquecido aún más; lo que sería inadmisibles es diluirla en estos nuevos temas o pretender reducirla a una suerte de ese -por otro lado excelente-libro que es *El Queso y los gusanos*.

⁶ Michael Braddick, “State formation and social change in early Modern England: a problem stated and approaches suggested”, en revista Social History, vol. 16 num. 1, 1991, págs. 1-17.

⁷ Francois Dosse, “La historia contemporánea en Francia”, en revista Secuencia num. 224, México, sept.-dic. de 1992, pág. 42.

En particular, en Francia resulta muy sugerente lo que se viene haciendo con la historia urbana desde hace por lo menos un cuarto de siglo. Toda una colección -iniciada en 1972- de sobre medio centenar de volúmenes, *Histories des villes de France*, nutrió las expectativas tanto de los historiadores urbanistas como de los aficionados a la historia. A ésta sigue una *Historia de la Francia Urbana* (1980-1985), en cinco volúmenes y bajo la dirección de G. Duby, también exitosa.

Todo esto se inscribe en el proceso de renovación historiográfica general que abre el cauce a la nueva historia urbana. En esta última convergen tanto el anterior análisis estructural social -ahora con menor dogmatismo- como la atención a la historia individualizada, a la red de solidaridades e identidades, etcétera, en tanto representativas de ese microcosmos que es la ciudad.

Dicho proceso de renovación está directamente vinculado en Francia a la acelerada urbanización del país tras la segunda post guerra mundial e incluso antes, al decir de Marc Bloch *La extraña derrota*, (1940), por lo que similares procesos en ciertas áreas urbanas de América Latina y el Caribe podrían hallar en la historia urbana gala fuentes de inspiración y comparación. No obstante, estimo que deberían evitarse tanto la unilateralidad políticamente conservadora de la visión urbana de los seguidores de la obra de Michel Foucault, como la abstracción del marco regional en que se inscribe la urbe, como proponen algunos autores actuales como rechazo a la tesis opuesta de Fernand Braudel (*Civilización material. Economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, 1984, tomo I).⁸

Un caso muy especial es el de Polonia, donde hace años funciona un excelente grupo de regionalistas bajo la dirección de Andrzej Dembicz,

⁸ Sobre la problemática urbana pueden consultarse:

- Bernard Lepetit, "La historia urbana en Francia: veinte años de investigaciones", en revista *Secuencia* num. 24, México, sept.-dic. de 1992, págs. 5-28.
- F. Bedarina, "The french approach to urban history: an assessment of recent methodological trends", en D. Fraser y A. Sutcliffe (comps.), *The pursuit of urban history*, Londres, 1983.

buen conocedor de los problemas latinoamericanos y coordinador de la revista *Actas Latinoamericanas de Varsovia*⁹, con una veintena de volúmenes publicados en idioma español. En la misma se reproducen resultados del grupo de trabajo "Estudios Regionales", cuyas virtudes esenciales radican, según mi criterio, en la integración de diversas disciplinas en el trabajo regional y en la preocupación por el campo teórico-metodológico, como asidero indispensable para la buena marcha de los estudios de caso. Debe señalarse que este núcleo de estudios está con puesto tanto por polacos como por latinoamericanos.

Los Estados Unidos de Norteamérica, nuestro vecino desarrollado más cercano, requieren de una mayor atención de nuestros regionalistas -como también de otras áreas de la ciencia histórica. Dos direcciones de trabajo en los colegas del Norte arrojarían dividendos notables. Una de éstas, el estudio de las instituciones, es contentiva de toda una rica tradición de trabajo intelectual, experiencia que los estudios regionales y locales latinoamericanos y caribeños apenas han sabido aprovechar, a pesar de lo necesitado que estamos de desarrollar esta línea con criterios más sólidamente fundamentados.

La otra dirección es la del estudio de las fronteras, en la que Frederick Jackson y su *The frontier in American History* (1850) creó toda una escuela en la que la región-frontera es concebida como un tipo civilizatorio. La crítica a las posiciones justificatorias por parte de estos historiadores en cuanto al aniquilamiento de las culturas aborígenes en el Septentrión de este Nuevo Mundo, bien pudiera servirnos para la reflexión sobre situaciones análogas en América Latina y el Caribe. La región-frontera es esencial para nosotros y no sólo en las archiconocidas expansión banderante luso-brasileña y las misiones jesuitas paraguayas. La gesta de la colonización ibérica es la de una expansión de la frontera original, continua y constante, apenas estudiada como tal, aunque debe reconocerse que nuevos estudios van haciendo luz, como los que efectúa en la Guayana venezolana el arqueólogo e historiador Mario Sanoja, quien ha localizado decenas de misiones. Tema muy sensible para Latinoamérica, el *utipossidetis* bolivariano no ha podido impedir en su totalidad, lamentablemente, los

⁹ De los 19 volúmenes editados de *Actas Latinoamericanas de Varsovia* hasta el presente, el número 10, de 1989, es el más importante de todos. Éste está concebido como "Tomo Especial del Grupo de Trabajo Estudios Regionales del CEISAL (Consejo Europeo de Investigaciones Sociales sobre América Latina)" y su temática es "Región tradicional y/vs región funcional nueva en América Latina-regionalismo y la organización impuesta del espacio".

problemas que las regiones-fronteras siguen suscitando y en los cuales la historia regional y local debe desempeñar un papel verdaderamente activo.

Consustancial al tema de la frontera en la historiografía norteamericana está el del Oeste (the West), concepción que engloba un abigarrado grupo de regiones que, entendidas éstas de forma conceptual, aun esa historiografía, en su versión moderna, no ha dado una verdadera respuesta más allá de uno que otro estudio importante. Algo similar ha ocurrido con otras grandes regiones de los Estados Unidos, donde algunos estudios de la Nueva Inglaterra comercial y fabril se deben valorar. Pese a esto, “los historiadores que han aprendido a tomar en cuenta las consideraciones regionales [...] a veces han descubierto en dicha idea un arma conveniente”, según Oscar Handlin. Y conste que me refiero a regiones históricas, no al relativismo a que las expone la tesis del profesor de la Universidad de California Eric Van Young.¹⁰

Pero el Sur -y a veces el *Deep South* - sí ha tenido un tratamiento que es perfectamente aprovechable por nuestros regionalistas. Las especificidades de esta parte del país y el desgarramiento que la guerra civil (1861-1865) provocó, produjeron una marcada identidad macro regional, de múltiples manifestaciones en sus partes componentes. Estos estudios resultan de gran valor, sobre todo para el análisis de las regiones plantacionistas y esclavistas del Caribe y Brasil; por lo que se hace necesario consultar la *Mississippi Valley Historical Review*, revista de larga data, con excelentes estudios y trabajos, y que incluso desborda las fronteras sureñas.

Por último, valdría bien revisar las historias urbanas norteamericanas, en las que muchas de las nuevas expresiones de la historiografía europea actual hallaron hace años un espacio inicial; me refiero a cuestiones tales como los estudios de la vida cotidiana, sus modos de vida y hábitos y a la historia familiar, en particular. Igualmente resulta útil seguir de cerca el trabajo que realiza en ese país la llamada “public history” y al cual me referiré más adelante, así como mantener también la mirada atenta sobre las historias estatales y sus publicaciones.

¹⁰ Un artículo que recorre estos y otros temas es el ya clásico trabajo de Oscar Handlin, “Temas centrales de la historia norteamericana”, traducido por la revista *Secuencia* num. 14, México, julio-agosto de 1989, pág. 48.

Por su parte, la tesis de Eric Van Young se explicita en su trabajo “Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas”, en *Anuario IEHS*, num. 2, Tandil, Argentina, 1987.

En resumen, aquí sólo esbozamos un cuadro muy apretado de la situación de la historiografía regional y local a nivel internacional, con insospechados cultivadores en lugares tan lejanos como Japón y Australia ¹¹, y cuyas experiencias necesitamos tanto conocer como explotar, en función de nuestras prioridades y realidades. Pasemos pues al análisis de tal área de conocimiento histórico en la América Latina y el Caribe.

Si hemos de hablar de historiografía regional y local en América Latina y el Caribe, habría que comenzar por hacer referencia al carácter regional de algunas obras de la colonia temprana, en la que es posible encontrar la huella de un proceso de diferenciación regional en el mundo indígena y sus diversas culturas, aún por estudiar. LLamo la atención, dicho sea de paso, que al soslayar dichas culturas prehispánicas, estamos a la vez menguando la posibilidad de análisis del surgimiento de las regiones y localidades coloniales, en particular de las villas fundadas y de su *hinterland*, en las que los cacicazgos parecen haber desempeñado un papel muy importante. ¹²

Conquistadores, cronistas y viajeros anteceden a la aparición de los historiadores eruditos y retóricos. Estos últimos se manifiestan con bastante profusión en las llamadas “historias locales”, al uso hoy en día todavía, y cuya prolongación temporal cuando no su coexistencia, se halla en sus congéneres de aliento romántico-nacionalista, muchas veces manejados por los titulados Proyectos Nacionales, en los que prima el enfrentamiento infecundo entre el Estado y las regiones.

El lastre positivista, a veces teñido por el liberalismo, se une a este *collage*, al que ahora se añade descriptivismo, hechología, culto desmedido a la personalidad, etcétera, así como también la transcrip-

¹¹ J. R. Lavery, “The Study of City and Regional History in Australia”, en revista *Australian Journal of Politics and History*, vol. 41, Special Issue, 1995, págs. 103-138.

¹² En Cuba la arqueóloga Lourdes Domínguez desarrolla un sugerente trabajo en esta dirección, aún no concluido, lo que la enfrenta a la historiografía cubana escrita hasta hoy día, salvo excepciones. Para otros países del área, consúltese:

Bernardo Vega, *Los cacicazgos de La Española*, Santo Domingo, 1980.

Ricardo Alegría, *Los caciques de Puerto Rico*, (1979).

Francisco Moscoso, *Los cacicazgos de Nicaragua*, (1989).

ción de información después desaparecida por diversas causas; la sugerencia de ideas e incluso de hipótesis valederas para nuestros empeños actuales; la valoración del papel de la cultura local y regional, etcétera, aspectos sobre los que he insistido en anteriores oportunidades.¹³

Aquí debiéramos considerar tanto la labor aislada de estos historiadores o cronistas locales como la de las Academias de la historia de nuestros países, continuadoras e institucionalizadoras de éstas -y otras- historias desde sus augustos sillones, pero donde es posible hallar serios esfuerzos concretos, divulgativos, publicísticos y en otros órdenes.¹⁴

Como es sabido, contemporáneamente se produce lo que ya podemos llamar nueva historia regional y local en esta parte del mundo, donde convergen desde la influencia de la escuela de los Annales, del marxismo y del cepalismo, hasta los más recientes estudios sobre la vida cotidiana, las historias de vida, la historia de las mentalidades, e incluso comienzan a hacer una tímida aparición las historias de familias -con una nueva óptica y de la mano con la novela histórica- y otras, en las que la presencia de la región y de la localidad son insoslayables.

Incluso la nueva historia social hace de la localidad y de la región uno de sus baluartes preferidos. A los cuestionamientos que se le hace a la microhistoria acerca de su representatividad, de su relación con escalas mayores y de los supuestos peligros que entrañaría su reducida escala, los nuevos historiadores sociales oponen similitud de preguntas para las supuestas "historias nacionales". Para Natalie Zemon Davis la microhistoria entrañaría construir lo que ésta llama "una dinámica de experiencia", en la que tal tipo de historia resultaría una suerte de microbiología en que "las pequeñas y a menudo invisibles interacciones y estructuras pueden ser 'vistas'".¹⁵

¹³ Hernán Venegas Delgado, *Provincias, regiones y localidades: Historia Regional Cubana*, Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 1993, *passim*.

¹⁴ Como por ejemplo el sostenido apoyo de la Academia de la Historia de Argentina a la celebración de eventos y congresos de historia regional y local en el país, y el impresionante resultado del esfuerzo publicístico de la Academia de la Historia de Venezuela, bajo la dirección de Guillermo Morón.

¹⁵ Natalie Zemon Davis, "The Shapes of Social History", en revista *Hist. Historiographie*, num. 17, 1990, pág. 30.

Por su parte, la historia económica ha consentido bajar de sus grandes pedestales tecnocráticos hasta las empresas locales, donde se conjuga el puro análisis económico con aquellos referentes a la administración y funcionamiento que le imprimen los hombres. Se investiga, además, en la historia del entorno ecológico regional y local, dentro de lo que se ha llamado la ecohistoria.

La historia política ha expandido sus preocupaciones, siguiendo a teóricos tales como Michel Foucault. Sus actuales cultivadores se inclinan al estudio “de la batalla por el poder al nivel de la fábrica, la escuela e incluso la familia”¹⁶ es decir, en el marco comunal y local.

Vemos así cómo para estas manifestaciones de la historiografía europea y norteamericana los niveles regional y local constituyen un campo de trabajo propicio e indispensable, lo cual es correcto, pero deseamos llamar la atención de nuevo acerca de ciertas tendencias negativas al uso, que ya apuntan a diluir la historiografía regional y local dentro de estas corrientes, cuando no a toda la historia en un terreno resbaladizo, positivistoide y pragmático, a lo fin de *siècle*, cada vez más alejado de las ciencias sociales y humanas.

Desde luego, en todo ese conjunto de influencias y problemas derivados de ello, habría que considerar siempre la existencia de la multiplicidad de otros enfoques sobre la cuestión regional y local, que muchas veces nos benefician directa o indirectamente, a la vez que incitan al debate. Estoy haciendo referencia, en particular, a la geografía; a la planificación económica regional, tan extendida en los grandes países latinoamericanos y en Cuba; a la etnografía y la antropología, de las cuales México da fe en los resultados de sus estudios, tanto los efectuados por mexicanos como por norteamericanos y europeos; a la política, con los procesos de descentralización del Estado, de lo cual Venezuela es representativa; de la cultura, en sus distintas manifestaciones, con estudios que cubren toda la América Nuestra y a los que tan poca atención conferimos, etcétera.

Ahora bien, ¿cuál es la situación concreta de la nueva historiografía regional y local en los países latinoamericanos y caribeños? Si bien

¹⁶ Peter Burke, “Overture”, *The New History, its Past and its Future*, en *New Perspectives on Historical Writing*. (comp.). Pennsylvania, Univ. Park, 1992, pág. 1.
(Existe traducción al idioma español).

éste será un análisis incompleto por falta de fuentes apropiadas y por el carácter a veces semiclandestino de nuestras publicaciones, deseo brindar un panorama siquiera y plantear algunas ideas al respecto, con el ánimo además de propiciar al debate enriquecedor para todos.

Hago referencia inicial, ante todo, al menos a cuatro de estos países, con un aval reconocido. México, el primero de ellos, continúa perfilándose como el centro histórico de la nueva historiografía regional y local. Aquí la labor fecunda del maestro don Luis A. González y González y su trascendental concepto de ‘materia’, se ha visto continuada a profundidad por una variada gama de regionalistas a través de todo el país e incluso en algunas de las más importantes instituciones y publicaciones de la capital, hecho prácticamente insólito en el resto de los países nuestros. Seminarios, conferencias, congresos y cuantos eventos sean dables de imaginar, mantienen viva la llama de la cuestión regional, en un país en que “estas realidades locales, más que la retórica nacionalista sobrepuesta del liderazgo oficial, representaron el *leitmotiv* de la historia social y política de México”.¹⁷

Dos libros brindan un panorama de la regionalística mexicana, *Balancede y perspectivas de los estudios regionales en México* (1990), coordinado por Carlos Martínez Assad, y *Región e historia en México (1700-1850)* (1991), compilado por Pedro Pérez Herrero. Sin embargo, nuevos vientos parecen soplar, como lo apunta Micheline Cariño en “Hacia una nueva historia regional en México”, en el libro *Historia a Debate. América Latina* (1996). Mientras, trabajos como los de Mario Cerutti presagian mayores empeños regionales en el país azteca, como “Contribuciones recientes y relevancia de la investigación regional sobre la segunda parte del siglo XIX en México” (Boletín Americanista no. 37), contribuciones de las que el propio Cerutti es un buen exponente con sus análisis del capitalismo mexicano en sus manifestaciones regionales. Y como si esto fuera poco, recién se ha inaugurado un doctorado en Estudios Regionales en la Universidad veracruzana, bajo la inspiración de Joaquín R. González y sus colegas. Estos son algunos de los hitos que definen su historiografía regional y local, donde sólo es de lamentar que sus ricos resultados no se lleven en lo sustancial al plano nacional.

¹⁷. Brian R. Hamnett, *Raíces de la insubordinación en México: historia regional. 1750-1824*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990, pág. 61.

Precisamente Cuba sí ha conseguido, aunque parcialmente, esto último. País con una fortísima historiografía “nacional”, el Proyecto Nacional de Historias Provinciales y Municipales -1989 hasta su actualidad conclusiva- del Instituto de Historia de Cuba, logró integrar el trabajo historiográfico regional en todas las provincias y municipios de la República. El Proyecto fue concebido por los historiadores Olga Portuondo, Hernán Venegas, Fe Iglesias, Arturo Soreghi y otros colaboradores, y resueltamente impulsado por Rolando García. Uno de ellos, Hernán Venegas, ha realizado un estudio de muchos de estos problemas en Cuba en su libro *Provincias, regiones y localidades. Historia Regional Cubana* (1993), en su artículo “La formación de las regiones históricas en Cuba (Una propuesta de periodización)” - en revista Tierra Firme, no. 52, 1998- y en varias otras publicaciones cubanas y extranjeras. A la vez, Olga Portuondo ha dejado sus ideas al respecto en las revistas Santiago, Del Caribe e Islas, publicaciones que comúnmente han sido vehículos de expresión de los regionalistas cubanos. La versátil Olga Portuondo ha escrito valiosos trabajos acerca del tiempo histórico en esta escala y sobre la gran región oriental cubana, que en sí mismos revelan toda una concepción teórica y metodológica y cuyos resultados son imprescindibles para un mejor conocimiento de Cuba. Si Olga Portuondo se ha dedicado a los problemas del oriente cubano, Hernán Venegas lo ha efectuado sobre su centro, a la vez que Arturo Soreghi, Fe Iglesias y Gloria García han dejado excelentes estudios sobre el occidente del país.

Con sus virtudes y sus defectos, el Proyecto Nacional logró alcanzar una unicidad y consenso en el plano conceptual, teórico, metodológico y periodológico que ya requiere del debate en estos y otros campos, que necesita del trabajo de integración de diversas disciplinas en torno a la historia regional y local en todo el país y que clama por la continuidad creadora en relación con el esfuerzo hasta ahora hecho. Por ejemplo, en Cuba hay un problema en muchos historiadores regionales: la tendencia a esquematizar la historia desde la perspectiva que les dan las divisiones político-administrativas actuales y a desconocer los nexos y diferencias entre las regiones históricas, como bien argumenta la joven historiadora y culturóloga Bárbara Venegas. Por otro lado, el no haber podido realizarse aún en la actualidad una historia de la ciudad de La Habana dentro del Proyecto Nacional de Historias Provinciales y Municipales, demuestra, no sólo la existencia de problemas organizativos, sino además la carencia de una idea clara de cómo trabajar la historia urbana, situación característica del resto de la América Latina.

Se necesita de la reactivación de las instituciones orientadoras de este trabajo en las provincias y municipios, de la redefinición del papel que deben desempeñar los Encuentros Nacionales de historia local -ahora en su XIV manifestación-, de la intensificación del proceso de adecuación de los resultados arrojados por las investigaciones efectuadas a los distintos niveles de enseñanza, en particular, a la primaria y a la secundaria; en fin, se necesita de una más efectiva divulgación de esos resultados a través de las publicaciones y de los otros medios masivos de comunicación, de la continuidad de la superación de los maestros, profesores e investigadores de todo el país -sobre todo en los aspectos teórico-metodológicos.

Afortunadamente, ya dan sus primeras señales de vida los centros de estudios regionales de Pinar del Río, Sancti Spiritus, Granma y Matanzas, provincias en las tres primeras de las cuales antes se manifestaba débilmente el trabajo regional y local. En igual sentido se va manifestando el trabajo de los historiadores de la ciudad, con variadas proyecciones y tras la experiencia arrojada por el de ciudad de La Habana; éstos existen ya, aparte del de La Habana, en Matanzas, Camagüey y Santiago de Cuba. Promisoriamente se va haciendo sentir la labor, desde el área de historia regional del Instituto de Historia de Cuba y bajo la tenaz orientación de Lilian Vizcaíno, de la fase conclusiva del Proyecto Nacional de Historias Provinciales y Municipales. Vizcaíno es además fundadora de un colectivo interdisciplinario, el Grupo de Estudios Regionales de Cuba (GERC). Igualmente allí se han celebrado tres talleres internacionales sobre problemas teóricos y metodológicos de la historia regional y local. También se extienden los eventos de este tipo de historia por todo el país, destacándose en particular los que se efectúan en Sancti Spiritus, Las Tunas, Santiago de Cuba, Granma y Holguín, que indican un desplazamiento de sus actividades hacia la mitad oriental de Cuba y que son constatación o reivindicación del verdadero lugar que le corresponde a las regiones más preteridas por la historiografía "nacional". Aparece, al fin, una preocupación historiográfica por los estudios de familias.¹⁸

¹⁸ Un resumen de lo efectuado en Cuba hasta el año 1992 se localiza en el capítulo titulado "La historiografía regional en Cuba (1959-1992)" (I y II) incluido en el libro de H. Venegas referenciado en la nota num. 13.

A la vez, las historias de familias y sus diversas posibilidades se localiza en el libro de Ana Vera Estrada, *Cuba. Cuaderno sobre la familia (época colonial)*, La Habana, Ciencias Sociales, 1997.

Venezuela, por su parte, acusa un pluricentrismo en su trabajo regional y local, perfilándose como uno de los principales polos del mismo en el Continente nuestro, y hasta tal punto, que según opinión de Michael Zeuske "algunos de los más interesantes aportes de la historia regional surgen con el lema `las regiones contra Caracas". A la vez Zeuske aporta interesantes elementos comparativos en cuanto al tratamiento de la cuestión regional en Venezuela y Cuba, centrandose su crítica en el venezolano Germán Cardozo y el cubano Hernán Venegas.¹⁹

En Caracas, la revista Tierra Firme, bajo la dirección de Arístides Medina Rubio y con más de cincuenta números, es uno de los centros fundamentales. Medina también dirige la Editorial Tropykos, de donde han salido instrumentos de trabajo como los libros compiladores *Historia regional. Siete ensayos sobre teoría y método* (1986) y *La región histórica* (1988). El maestro Medina Rubio es también alma y vida de los Congresos Nacionales de historia regional y local, de los cuales se han efectuado cuatro, antecedidos de ocho coloquios nacionales, el último de los cuales devino en Congreso.²⁰ A ello une este profesor de la Universidad Central de Venezuela (UCV), un sólido prestigio docente en el área que analizamos y de la historia toda de su país.

En Maracaibo, el Centro de Estudios Históricos de la Universidad de Zulia (LUZ) congrega a un buen número de regionalistas, entre los que se destacan Germán Cardozo Galué y Rutilio González, quienes, junto a Medina Rubio, conforman la troika inicial de los estudios histórico-regionales en Venezuela, tras una fecunda estancia de postgrado en

¹⁹ Michael Zeuske, *Transformación, reforma y revolución en la Historia de América Latina. 1750-1898. Ensayos de historia comparada*. Fondo Editorial Tropykos Caracas, 1996, pág. 142 (cita) y capítulo III "Regiones en comparación: apuntes para un debate. Conceptos, cuestiones y ejemplos", págs. 135-144.

²⁰ Un estudio comparativo sobre Venezuela y Cuba aparece en la ponencia de Hernán Venegas y Gladys M. Páez, "La historia regional y local en Venezuela y Cuba. Un análisis comparativo", en revista *Islas* num. 112, Universidad Central Las Villas, Cuba, sept.- dic. de 1995, págs. 171-176. Además, sobre los eventos celebrados en Venezuela, consúltese de Gladys M. Páez, "Los Congresos Nacionales de historia regional y local de Venezuela", en revista *Tierra Firme*, vol. XIV, num. 46. Caracas, abril-junio de 1996.

México. Este conjunto se ve ampliado y prestigiado por investigadores como Belín Vázquez de Ferrer y Betilde Navas de Salas y el que en los últimos años se ha nutrido por toda una pléyade de jóvenes y talentosos regionalistas formados bajo la fecunda sombra de los anteriores. Cabe destacar en este núcleo el libro *Maracaibo y su región histórica* (1991), del maestro Cardozo, que por sus múltiples valores y su implícita propuesta metodológica, se ha convertido en un clásico; así como el ensayo “Aproximaciones a la teoría y el método en historia regional y local” (1982), del maestro Rutilio Ortega, inexplicablemente no publicado en forma masiva, pese al carácter trascendental y pionero de este trabajo.²¹

Por su parte, la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL), y en particular su Instituto Pedagógico de Caracas, ha tenido una experiencia hasta cierto punto diferente, pero a la vez complementaria a las anteriores, la de la propuesta regional y local a partir de la geohistoria, cuyo principal representante es el maestro don Ramón A. Tovar López, más Beatriz Ceballos, Ramón Santaella y Omar Hurtado, continuadores de su obra, entre los más destacados.²²

²¹ Para el grupo maracaibero el trabajo de Rutilio Ortega González, “Aproximaciones a la teoría y método en Historia Regional y Local”, Sevilla, 1982 (multigrafiado), sentó pautas aquí y en otros lugares del Continente. Hoy en día también comienza a sentar pautas este autor y su equipo con la adecuación de los resultados de las investigaciones de esa región a los objetivos propuestos para la enseñanza primaria en el estado Zulia.

Por su parte, Belín Vázquez de Ferrer sienta cátedra en sus estudios de la oligarquía maracaibera y últimamente en los estudios de familias regionales, mientras que Betilde Navas de Salas se destaca en sus propuestas teóricas y en cuanto a la enseñanza.

²² Aparte de los libros esenciales reseñados en el texto, añado los siguientes, en lo que se refiere a la perspectiva geohistórica:

Ramón A. Tovar, *El enfoque geohistórico*, Academia de Historia, Caracas 1986.

Beatriz Ceballos, *La formación del espacio venezolano*, UPEL, Caracas, 1981.

Ramón Santaella, *La dinámica del espacio en la cuenca del Lago de Maracaibo*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1989.

Omar Hurtado, *Historia de Villa de Cura y de su área de influencia*, Los Heraldos Negros, Caracas, 1995.

En estos últimos años el trabajo regional y local se ha expandido por el país, con pequeños pero interesantes núcleos a través de toda la diversa geografía venezolana. Pieza clave, la Universidad de los Andes (ULA), representante de este trabajo en el ámbito andino venezolano-colombiano, aún no ha logrado la organicidad requerida para este tipo de labor, mientras que para toda la Nación este bien dispuesto movimiento requiere del replanteo de nuevas metas y proyecciones de trabajo que muy bien podría encauzarse en los niveles estadales, municipales y parroquiales, aprovechando las posibilidades que brinda el cuestionado proceso de descentralización del estado venezolano y los siempre presentes y ancestrales reclamos regionales y locales.

Creo, finalmente, que ya el país tiene las condiciones siquiera mínimas para emprender la vinculación entre la investigación en esta área y la enseñanza en sus diversos niveles, al menos en la educación básica para comenzar, como lo ha demostrado el resultado arrojado por el equipo que dirige Rutilio Ortega en uno de los municipios del estado Zulia.

En un buen nivel de avance de este tipo de estudios podríamos situar también a Colombia, en la cual los estudios históricos regionales se han convertido, desde hace varios años, en uno de los pilares fundamentales de su ciencia histórica. País con una marcada diversidad geohistórica, los afanes centralistas bogotanos, resabios del Virreinato, han terminado en hondos reclamos regionales aún no concluidos. Por ello, varios estudios regionales sobre la violencia en la Colombia contemporánea matizan y dotan de una nueva visión al drama nacional de esa nación hermana. Así, por ejemplo, se cuestiona que

[...]la historiografía política colombiana ha sido tradicionalmente nacional [...] hasta tal punto que hasta hace poco tiempo para la mayoría de los autores los acontecimientos locales o regionales sólo contaban en la medida en que aparecían como determinantes de cambios políticos nacionales [...] sin afrontar los procesos que en la dinámica Región-Nación se constituyen en factores decisivos para entender los acontecimientos históricos nacionales, cuya supuesta homogeneidad ha imposibilitado la comprensión de los procesos regionales.²³

²³ Luis Javier Ortíz M, "Aproximaciones al concepto de región en la historia de Colombia", del "Foro: El concepto de región en la historia de Colombia", en revista Otras Quijotadas números. 4-5, Medellín, 1987.

En el plano económico se dice que “juzgar por ejemplo, la constitución de las estructuras agrarias en Colombia durante la colonia, por lo que ocurrió en el altiplano cundi-boyacense, es negar otras realidades que como en el caso antioqueño o el caso caribeño, poco tienen que ver con los altiplanos de Santa Fe de Bogotá y Tunja”, a la vez que se agrega que, “de otro lado, al privilegiarse durante el siglo XIX a la economía cafetalera, se ha descuidado la articulación de otras historias regionales de ritmos más lentos o aún expuestas a ritmos extravagantes, gracias también al mercado internacional como ocurrió con el caucho”. Para concluir seguidamente que “nuestra formación nacional es ante todo el producto de una diversidad 'desigual y combinada', diversidad que reclama el estudio de sus matices, su identificación y su construcción”.²⁴ Por suerte, esta situación de la historiografía “nacional” colombiana ha ido cambiando, como por ejemplo en el caso caribeño (costeño) desde 1988 a la fecha.²⁵

Paralelamente, el trabajo teórico y metodológico en Colombia ha ido ganando en adeptos y calidad y, en particular, el que tiene que ver con el concepto mismo de región, resultados que a veces se ven acompañados de la necesaria crítica a la exageración del plano regional o local en el contexto nacional -y aún latinoamericano, HVD.²⁶ Lamentablemente, no puedo dejar de constatar mi preocupación ante los avances que realizan en estos planos tan sensibles de la labor regional, la tesis antes citada de Eric Van Young, cuyo conocido intento de reducir la región a una mera unidad de análisis se perfila, de continuar, como un elemento diluyente que puede llevar a la esterilidad de los empeños mayores que nos proponemos.

El inmenso Brasil, el cuarto país sobre el que he centrado mi exposición, es un caso un tanto *sui generis*, donde quizás el poco conocimiento que tenemos sobre éste invalide parcialmente estas conclusiones preliminares. Existen muy buenos estudios de caso -varios de éstos realizados por europeos y norteamericanos- que bien pueden darnos a los hispanoamericanos y caribeños las coordenadas

²⁴ Hermes Tovar Pinzón, “La historia regional como problema y como programa de la Historia Nacional”, en revista UIS-Humanidades num. 20 (1), Bucaramanga, enero-junio de 1991, pág. 29.

²⁵ Adolfo Meisel Roca, “Los estudios históricos sobre la región del Caribe colombiano”, en *op.cit.*, pág. 57.

²⁶ Luis Javier Ortiz, *op.cit.*, pág. 14.

fundamentales de los resultados logrados y que además nos permiten aplicar el método analógico-comparativo para enriquecer nuestros propios resultados. Brasil es, en este sentido y de forma muy especial para su siglo XIX regional atlántico, un objeto siempre a discusión en relación con el área esclavista caribeña y, dentro de ella, Cuba.

Sin embargo, para algunos autores brasileños “aún no contamos con una historia regional sólidamente fundada [...] , de alto nivel”,²⁷ a pesar de que ya en la década de 1970-1979 los investigadores de historia regional constituían el 12 % del total nacional de todos sus colegas en la Nación, con 542 investigaciones, que se auguraba años después que “con certeza tenderá a crecer”.²⁸

Ahora bien, de Brasil , interesa de forma muy especial, su trabajo teórico-metodológico, hasta ahora ubicable, con preferencia, en los Centros de Educación Superior, donde las revistas y los primeros libros en esta dirección nos abren una perspectiva científica e historiográfica múltiple que hemos disfrutado desde *História regional: Uma discussao* (1987), de un colectivo de autores, y *República em Migalhas. Historia Regional e Local* (1990), de Marcos A. da Silva. Sus resultados abren a un debate muy necesario para el trabajo nuestro.

Otros países latinoamericanos y caribeños, por sus pequeñas extensiones, nos traen gratas sorpresas y no menos sugerencias para nuestros comunes empeños. Entre otras cosas, éstos demuestran que no hay pequeñez que valga cuando de regiones se trata. La extensión geográfica en modo alguno acusa una preferencia o necesidad por estos estudios. Sin contar el caso cubano, al que me he referido antes, Ecuador, por ejemplo, plantea toda una revelación. Según varios regionalistas, “los Seminarios del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CERLAC), de la Universidad de York, Canadá, y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador) (1779-80), dirigidos por Juan Maiguashca y por los investigadores del IDIS[...] consideran [...] que la unidad de análisis adecuada para el estudio de la historia ecuatoriana del siglo

²⁷. Iraci del Nero da Costa, “Reflexoes sobre Rumos Da Demografia Histórica no Brasil”, en Boletim do Centro de Memória UNICAM, vol. 2, num. 4, Campinas, jul.-dic., 1990.

²⁸. José Roberto do Amaral Lapa. *História e Historiografia. Brasil pós 64*, Paaz e Terra, Río de Janeiro, 1985, págs. 61, 62 y 70.

XIX son las distintas regiones -y que- sin conocer sus desarrollos particulares es muy difícil comprender su conflictiva integración nacional”. Esta tesis, que puede ser perfectamente ampliada hacia el tiempo colonial y el siglo XX, ha establecido una propuesta de cinco grandes regiones en el decimono ecuatoriano ²⁹, de la que es posible derivar un más hondo tratamiento de la cuestión étnica y cultural desde sus bases regionales y locales en ese país. Como vemos, aquí estamos en presencia de un problema que se ubica en la mayor parte de los países latinoamericanos continentales.

En esta misma dirección y en un país con pequeñas proporciones geográficas nos encontramos a Uruguay, en el que el estudio de Arturo A. Bentancur *Historia Regional en Uruguay* (1993) ha llegado a la conclusión de que la historia de la banda oriental y de sus regiones integrantes, se polariza a través del influjo tanto de su capital, Montevideo, como de los dos colosos vecinos: Brasil y Argentina; en fin, que a partir de estos tres polos se conforman a su vez tres tipos de regiones diferenciadas en varios sentidos y, en particular, en el plano cultural. Interesante punto de vista este último, pues cada vez estoy más convencido de que las expresiones más depuradas de la regionalidad, del ser regional -o como se le quiera llamar-, habría que buscarlas precisamente en dicho plano cultural, y agregó ahora, sobre todo en algunas de sus manifestaciones más depuradas, como el Arte y la Literatura³⁰, así como en las manifestaciones de la cultura material y de la llamada cultura popular.

Así, los estudios históricos regionales y locales pueden verse enriquecidos con la aplicación de la tesis uruguaya, como es el caso de Belice, donde

²⁹ Juan Maiguashca (ed.) *Historia y región en el Ecuador: 1830-1930*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1994, pág. 69.

³⁰ En Villa Clara, provincia cubana del centro de la Isla y continente de tres regiones históricas, se han desarrollado en los últimos años tres talleres sobre literatura regional, al cual cada vez acuden más especialistas cubanos y otros latinoamericanos. Un resultado inicial es el libro con selección e introducción de Carlos Alé Mauri, *Dimensiones regionales de la Literatura Cubana contemporánea*, Ediciones Capiro, Santa Clara, 1994.

También en Sancti Spiritus, otra de las provincias centrales cubanas, este movimiento de revitalización de los estudios culturales regionales va ganando adeptos. Aquí se destaca el profesor Orlando Fernández Aquino con su *Historia regional de la Literatura espirituanas desde los orígenes hasta 1959* (obra inédita) y *Poetisas espirituanas y otros artículos*, Editorial Luminaria, Sancti Spiritus, 1997.

convergen los influjos culturales de su gran vecino norteño, México, pero también las reclamaciones y cierta presencia histórico-cultural de Guatemala en este nuevo estado caribeño, amén del influjo cultural británico. Nicaragua, por su parte, donde este tipo de colonialismo hizo mella en su costa Atlántica, es decir, en su ribera caribeña, en la pretendida Mosquitia, requiere de mayores estudios sobre esta realidad que incluso parece tratarse de una macrorregión con varias regiones históricas integrantes. Desde luego, allí la concesión de la autonomía regional ha facilitado un tanto las cosas y, desde luego, los trabajos de base de otras disciplinas para el propio historiador regional y local.

Aún más, extrapolando el ingrediente cultural de esta interesante tesis del profesor Bentancour, la misma podríamos aplicarla incluso a algunas de las Pequeñas Antillas, para lo cual estimo que la isla de San Martín pudiese ser un buen ejemplo, a partir del doble influjo cultural franco-holandés. Me gustaría añadir que la huella actual del turismo, fuente básica de ingresos de las dos regiones-colonias que integran la Isla, si bien la estandariza, también tiende a la diferenciación, como producto turístico de sus regiones integrantes. Aquí pudieramos plantearnos, tanto en el plano cultural como en el turístico, la influencia diferenciadora que Venezuela tuvo y tiene en el proceso de separación autonómica de Aruba en relación con el resto de las Antillas Holandesas (Curazao, Bonaire, Saba). Y por último, me gustaría señalar que situaciones similares, quizás no tan diáfanos, se pudiesen hallar en otras de estas pequeñas islas o en grupos de éstas, en las que el origen e historia comunes fue interrumpido por la presencia de diferentes tipos de sistemas coloniales y de sus culturas, dando origen a regiones-colonias específicas, desde ese origen histórico común.

Las otras tres naciones de las Grandes Antillas de lenguas neolatinas: Haití, República Dominicana y Puerto Rico, presentan diferentes situaciones en cuanto al tipo de historiografía que tratamos. Puerto Rico, la otra ala de ese pájaro antillano, al decir de la poetisa Rodríguez de Tió, resulta toda una revelación con lo más reciente de su producción regional y local. Ello es posible gracias a que en la década de 1970 se produce una “ruptura en la historiografía puertorriqueña [...] porque surgió una nueva generación que no estaba satisfecha de cómo encontró al país y quería cambiarlo, según el maestro don Fernando Picó (Prefacio a *El día menos pensado*, 1994). Casi un cuarto de siglo después, en el año 1993, al producirse la reunión constituyente de la Asociación Puertorriqueña de Historiadores, en el

recinto de San Germán de la Universidad Interamericana, el maestro Picó nos dice que en su país “hay demasiada historia confeccionada a la medida para gratificar las necesidades del momento, (por lo que reitera) la voluntad de constituir un discurso distinto sobre el país [...] sin caer en la vieja trampa de pensar que la historia es neutral y aséptica -como tampoco es- un solo texto construido impersonalmente por los hechos”.

Se concibe entonces una especie de “gilda” en la que se integra multi e interdisciplinariamente a historiadores y afines, en la que los profesionales de la historia trabajarían junto a los de otras disciplinas, a los cronistas, y a cuantos estuviesen interesados en promover esta disciplina. En tan ancho regazo es comprensible hallar pues a adoradores de Clío en general como de los terruños borinqueños.

Pero en Puerto Rico el quehacer regional y local se integra creadoramente con las corrientes contemporáneas de la historia. Quizás la estrecha vinculación científica y académica de la Isla con los Estados Unidos haya propiciado esta imbricación provechosa, en la que probablemente el resto de los latinoamericanos y caribeños podamos encontrar experiencias valderas. No es así casual que los principales núcleos de este movimiento se localicen en lo fundamental, no en la capital, sino en Río Piedras y San Germán, en sus sedes de las universidades de Puerto Rico e Interamericana, respectivamente. Cabeza visible de este movimiento renovador es el maestro don Fernando Picó, e integrantes destacados sus colegas, Pedro L. San Miguel, Antonio Gaztambide, Juan R. González Mendoza y Marcial Ocasio, más otros (30 bis).

La pequeña Haití es un caso interesantísimo, pues en ésta se produce un proceso de diferenciación regional y de formación de sus ciudades y pueblos en que las diversas culturas negras aportadas por sus ancestros africanos desempeñan un papel básico en tal diferenciación regional. De paso, la investigación sobre este asunto contribuiría a la formulación de una metodología al respecto, que muy bien pudiese ser útil para el planteamiento de similar problema en la América Continental, en la relación culturas aborígenes precolombinas - formación de las regiones históricas coloniales, a las que antes me referí. Para el Haití moderno, de la independencia hacia acá, la solución de este problema se convertiría en un elemento medular para poder explicarnos los antagonismos entre el norte y el sur e incluso entre el norte, el sudeste y el sudoeste en el Haití revolucionario y de las primeras décadas de

vida independiente. Secuela de ello es el nombrado *localitisme*, tan en boga hasta el siglo XX.³¹

Su vecina Santo Domingo, después República Dominicana, plantea para ambas naciones hermanas un complejísimo mundo de relaciones recíprocas en el que las regiones y localidades limítrofes desempeñan un papel nada desdeñable, comenzando por la ocupación haitiana de la cuenca del Artibonite en la meseta central, proceso de medio siglo de duración aproximadamente, que uniría al joven estado negro las regiones o subregiones de St. Michel-de- l'atalaya, St. Raphaël, Hinche y Las Cahobas, hasta entonces dominicanas. Pero ésta es sólo una parte del problema a afrontar por la historiografía quisqueyana, pues en la actualidad los estudios regionales y locales enfocados con una óptica contemporánea apenas son tratados³², a no ser algunos, muy buenos, efectuados por especialistas extranjeros.

No obstante, parece perfilarse como centro de estos esfuerzos Santiago de los Caballeros, verdadero baluarte regional del valle del Cibao, con un definido tipo e intereses que hallan en su Universidad Católica (PUCAMAIMA) una expresión múltiple. Por cierto, que para toda la isla de La Española, los estudios regionales pudiesen hallar uno de sus elementos constituyentes esenciales de partida en la obra *La isla como es: hipótesis para su comprobación* (1985), de los profesores Rafael E. Yunén- dominicano, como autor- y Georges Anglade- haitiano, como colaborador de la obra-, y en particular, en el excelente mapa-resumen que acompaña a la obra.³³

³¹ Tadeusz Lepkowski, *Haití*. 2 tomos, Casa de las Américas, La Habana, 1969. (En particular ver en el t II las págs. 125 y 126).

³² Hecho constatado por el autor de este trabajo y en comunicaciones personales efectuadas a éste por los historiadores dominicanos Roberto Cassá y Emilio Cordero Michel, de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD).

³³ Este mapa contiene de forma esquemática las relaciones mutuas y de dependencia que se establecen entre las diversas regiones, subregiones y ciudades de toda la isla de La Española. Instrumentos como éste brindan al historiador regional y local excelentes puntos de referencia para su trabajo en toda la América Latina y el Caribe.

Para los países centroamericanos la situación no es muy diferente a la de la inmensa mayoría del resto de sus congéneres del Caribe. En ellos, al igual que en toda la América Nuestra, lo que se llaman “historias nacionales” no son más que burdas generalizaciones de la región políticamente dominante, salpicada de hechos y situaciones insoslayables e insustituibles producidas en otras regiones de cada uno de nuestros países. Pero esta realidad para el caso de la historiografía centroamericana ha impedido también desarrollar ampliamente estudios a nivel de todo el Istmo, a pesar de la común historia y de los insolubles lazos que lo unen, según sostiene Víctor Hugo Acuña Ortega.

De acuerdo con este autor “tal distorsión ha sido particularmente intensa en la historiografía costarricense, que ha privilegiado el estudio del Valle Central en detrimento de las otras regiones que en el curso de la historia han ido integrándose en el espacio nacional de dicho país”. Para Nicaragua, aparte de lo que he dicho antes, el autor acota que en el “descubrimiento” de su costa Atlántica, la contribución de investigadores extranjeros ha sido muy significativa.

Ahora bien, ¿qué queda para el pequeño y superpoblado El Salvador; qué otros elementos regionales, aparte de los apuntados, consideraríamos para Belice; cómo enfocar el problema de las regiones indígenas guatemaltecas al menos, en las que la prolongada incidencia guerrillera no ha sido una casualidad; cómo tratar siquiera las empobrecidas regiones rurales hondureñas; cómo enfocar el peculiarísimo caso de Panamá en sus regiones componentes, con el Canal como cuña y una historia común con Colombia hasta determinado momento?

Estimo, y así lo ha sostenido para otros casos quien escribe estas líneas, que sería conveniente adherirnos a la propuesta del profesor Acuña en el sentido que “la disciplina histórica -de la que está urgida Centroamérica- no excluye una eventual colaboración con los historiadores aficionados”. Para éste, los mismos “pueden seguir haciendo útiles contribuciones en los ámbitos de la llamada microhistoria, las ciencias genealógicas (¿por qué no?, HVD) e incluso la historia de regiones, empresas e instituciones” y concluye con un elemento clave para su propuesta, en el sentido que “los historiadores profesionales podrían tratar de masificar la práctica de la investigación mediante la capacitación adecuada de los legos y aficionados [...], lo que en los Estados Unidos llaman ‘public history’ y en Inglaterra ‘history workshop’”, basado en la cooperación entre historiadores profesionales y organi-

zaciones de esos legos y aficionados.³⁴ Si insisto en esta idea, es porque el Proyecto Nacional de Historias Provinciales y Municipales de Cuba ha demostrado ampliamente la factibilidad de trabajar con este tipo de historiadores.³⁵

Desafortunadamente, situaciones como ésta se repiten en grandes países nuestros, donde además se conjugan con el plano historiográfico regional y local complejísimos problemas étnicos y sociales no resueltos y que podrían llevar a hechos como los mencionados al inicio de este trabajo; entre éstos, Perú es un buen ejemplo de ello.

En este gran país, de variada geografía, la historiografía “nacional” ha sido un poco más generosa quizás que la del resto de los países latinoamericanos y caribeños. Lima, su puerto y su *hinterland* quedan un tanto absorbidos dentro de la priorización que se realiza sobre el sur del país. Primero nos encontramos una constitución historiográfica basada en el imperio incaico y su territorio nuclear, el Cuzco. Después, durante la colonia, el interés de nuestros colegas se ha mantenido en tal ámbito geográfico, pero apuntando cada vez más hacia otras regiones más meridionales, es decir, en torno a la plata potosina y su circuito económico. Más adelante la reflexión sobre la gesta independentista conduce casi que unívocamente a Tupac Amaru y su actividad en el sur, que a la vez se convierte en el punto de partida del estudio del ideal independentista, otra vez sustentado en el sur. Y, por último, al hablar de la República, hasta bien entrado el siglo XX, el debate historiográfico “nacional” entre los clásicos partidos liberal y conservador -nada más parecido al del resto del Continente- se ubica en la lucha de los limeños *versus* los arequipeños y/o sureños en general. Obsérvese si no, y a manera de ejemplo, la impresionante cantidad de materiales escritos sobre la Confederación peruana-boliviana, sobre la guerra con Chile y la pérdida de las regiones sureñas, etcétera.

³⁴ Víctor Hugo Acuña Ortega, “Los desafíos de la historia en Centroamérica”, en Margarita Vannini (edit.) *Encuentros con la Historia*, Instituto de Historia de Nicaragua de la Universidad Centroamericana, Managua, 1995, págs. 50,51 y 54.

³⁵ Sobre los resultados del caso cubano pueden leerse, a manera de ejemplo, los seis primeros artículos en los que se realiza un balance de la investigación llevada a cabo (hasta 1993) sobre la “Historia de la Provincia de Villa Clara” y de sus trece municipios, en revista *Islas* num. 109, Universidad Central de Las Villas, sept-dic. de 1994, págs 5-50.

Es por ello que estas y otras reflexiones no dudamos en vaciarlas aquí ni mucho menos dejamos de congratularnos que sea precisamente una joven historiadora, Susana Aldana, quien recoja este sentir, como generación de relevo preocupada por cuestiones medulares para nuestro oficio. Con toda razón la agudeza de ella se permitía quejarse en 1993 acerca del vacío historiográfico que representaba el norte y es por ello por lo que afirma que “los pocos trabajos historiográficos que hay de la zona [...] prácticamente identifican norte con Trujillo, sus valles aldeanos y cuando mucho Lambayeque”, para seguidamente cuestionarse “¿y qué hay de ese norte que no es sólo estas dos ciudades? Ese norte que es tanto Tumbes como Cajamarca, Jaén como Piura, Chachapoyas [...] ese gran espacio que es una unidad fuertemente cohesionada por siglos de historia en común y que determina que el análisis de la realidad de una de sus áreas sea incompleto, si no está contextualizado en el conjunto. Ese norte que no conocemos y sin embargo, ha desempeñado un rol importantísimo en nuestra historia”.

Con toda razón, y con una lógica impecable e implacable S. Aldana continúa planteándose las siguientes interrogantes, que no vacilo en transcribir: “¿Por qué razones, mientras a principios del siglo XX el sur hervía en rebeliones[...] en el norte aparentemente reinaba la calma si posteriormente fuera esta región la que primero se lanzara a la vida independiente? ¿Cómo debatir sobre el estado-nación, de su conformación, si un espacio como el norteño, fuertemente articulado en torno al capital mercantil -y por lo tanto como un proyecto político-económico más que definido-, simplemente sea obviado? ¿No fue acaso importante la presencia del estado nor-peruano, no jugó ningún rol en la desaparición de la Confederación peruana-boliviana?”.

Demolidoras preguntas, a las cuales habría que unir otras que se refiriesen concretamente en mi criterio a las civilizaciones no incaicas de todo el Perú, al peso de las unas y las otras en la conformación regional colonial y republicana; al papel que ha representado la Amazonia peruana. Así, estaríamos en completas condiciones de concordar con S. Aldana cuando nos dice que todo ello “nos demuestra la necesidad de propiciar el desarrollo de las historias regionales ya que ellas son el modo de integrar a nuestra historia y a nuestro presente”,³⁶ como también, añado ahora, de proyectarnos hacia el futuro.

³⁶ Susana Aldana, El Norte. Un vacío historiográfico, en el artículo “La historiografía peruana en debate”, en revista Apuntes num. 33, Universidad del Pacífico, Lima, segundo semestre de 1993, pág. 115.

Para el resto de los países sureños: Bolivia, Paraguay y Chile, la información con que se cuenta es prácticamente nula, pero para Argentina sí conocemos que la situación anteriormente explicada se repite, aunque posiblemente con más logros relativos. Ya desde 1976 Héctor José Tanzi, en plena época de despegue de los estudios regionales y locales contemporáneos, se percataba de que “en el interior del país se ha interpretado el pasado con menos limitaciones y más claras apreciaciones, posibilitando una concepción diferente a la propuesta desde Buenos Aires”, capital que repite monótonamente la actitud de sus congéneres. Por ello dice “pocas veces desde Buenos Aires se intenta conocer y ahondar las tramas de las historias provinciales y menos aún de las regiones mediterráneas, produciéndose, por esto, confusas apreciaciones”.³⁷ Con ello, de paso, H.J. Tanzi está introduciendo dentro de nuestras preocupaciones un aspecto aún más complejo y arduo, el de las regiones mediterráneas de toda la América Latina y el Caribe, por lo general menos estudiadas incluso que las regiones costaneras, hacia las cuales se dirigieron con preferencia los esfuerzos colonizadores europeos, como se sabe.

Desde luego, en Argentina ha habido una preocupación de las instituciones regionales y locales sobre su historia y cultura, en particular en los centros de Educación Superior. A los Congresos de historia regional celebrados -por cierto que muchos con el apoyo de la Academia Nacional de la Historia- se unen últimamente eventos científicos más cercanos a nuestras preocupaciones y necesidades, como por ejemplo el Simposio de historia regional. Estado de avance, debates y perspectivas en el Río de la Plata” (1995), en el cual la presencia de las universidades nacionales de Río Cuarto (Córdoba), de Comahue, de Tucumán, de Luján, de Mar del Plata, del Litoral (Santa Fe) y otras más, preferentemente del “interior” del país, sus solos nombres indican que el movimiento regionalista se produce en lo básico fuera de la capital. Por cierto, ésta es una tendencia, comprensible, por demás observable en el resto de los países nuestros. Para Argentina, los más novedosos proyectos de investigación regional tienen también esta tónica, como el llamado Proyecto NOA, o sea, “El noroeste

³⁷ Héctor José Tanzi., *Historiografía argentina contemporánea*, Inst. Panamericano de Geografía e Historia, Caracas, 1976, págs. 95-108.

³⁰ bis.- Antonio Castambide y Silvia Curbelo (edits), *Historias vivas: Historiografía puertorriqueña contemporánea*, Editorial Postdata, Asociación Puertorriqueña de Historiadores, San Juan, 1996, *passim*.

argentino como región histórica. Integración y desintegración regional. Estudio del país interior” (1992), en el que unen sus esfuerzos el CRICYT de Mendoza, las universidades nacionales de Jujuy y de Salta y la Universidad de Sevilla.

Hasta aquí este sumarísimo bosquejo del quehacer historiográfico regional y local con una óptica contemporánea en el continente. Conocedor de las manquedades que necesariamente éste implica por las razones antes apuntadas, no nos queda si no efectuar algunas reflexiones acerca de las necesidades y urgencias de este tipo de laboreo, sin que éstas pretendan agotar el sinnúmero que el mismo implica.

En primer lugar, se deben mantener los logros alcanzados, en particular en el campo teórico-metodológico, como guías para el trabajo futuro, propiciándose el debate sobre estas cuestiones trascendentales que arrojan luz para la labor de investigación de los historiadores de base y noveles. Un aspecto de esto se traduce en la necesidad de trabajar el método analógico-comparativo entre las historias regionales y locales latinoamericanas y caribeñas y entre éstas y las más representativas de Europa Occidental y del resto del mundo -procurando acercarnos a la experiencia asiática y pacífica. Otra cuestión sería el aspecto periódico que conllevaría a una crítica a la multiplicidad de enfoques en una misma periodización, fenómeno apenas tratado en la teoría de la historia al uso entre nosotros, donde las periodizaciones “nacionales” son pasmosamente aceptadas y hasta aplaudidas. Claro está que una revisión a fondo de este último aspecto implicaría una verdadera revolución periódica, que parte de las regiones y localidades y se proyecta en sus consecuencias múltiples en los planos científico, político, institucional, económico e incluso personal.

Por su parte, la historia urbana requiere de una mayor atención, más allá de las frecuentes interpretaciones que le brindan otras disciplinas. Aquí debe tenerse presente que la explosión urbana en América Latina y el Caribe es una de las más representativas del mundo, con ciudades que se sitúan entre las más populosas, complejas y problemáticas del globo terráqueo. En fin, que la América Nuestra requiere ya de verdaderas historias de sus ciudades. Pero tampoco se debe descuidar el estudio de las regiones eminentemente rurales, ni de las más atrasadas. Éstas aún son predominantes en un buen número de nuestros países. Aquí deberíamos volver al viejo maestro Marc Bloch en el sentido de que “el olor a carne humana” es más que suficiente argumento para que nos ocupemos de tales porciones de nuestra realidad cotidiana.

Junto a todo ello es menester abrir un ancho cauce de colaboración con los estudiosos de la cultura regional y local, con énfasis en sus manifestaciones más representativas, como expositores concluyentes de la regionalidad en su conjunto. Probablemente la acerba crítica que algunos realizan a los cronistas e historiadores locales de vieja data quede paliada, si se considera la atención que éstos ofrecen a los problemas culturales y educacionales.

A nivel general es preciso desbordar el ámbito usualmente universitario de los estudios regionales y locales, integrándolos al trabajo cotidiano sobre la gran masa de interesados en estos asuntos, en especial los docentes y, entre éstos, los maestros primarios, evitando siempre exacerbar el regionalismo y el localismo como manifestaciones negativas. Se requiere por ello de una superación generalizada sobre los maestros, profesores e investigadores, en la que el binomio región-nación se convierta en núcleo importante de los estudios de postgrado, entre otros en las especializaciones, maestrías y doctorados. Una particular atención ameritan los conocimientos sobre archivología y bibliotecología, en los niveles que se requieran, para una mejor utilización del inmenso acervo con que contamos los regionalistas, y del que muchas veces ni siquiera tomamos conciencia de su existencia y posibilidades.

Desde luego, para cumplir con estos y otros objetivos que se les relacionen, es conveniente ahondar en el trabajo de las publicaciones regionales con una óptica contemporánea, así como extender los resultados del trabajo nuestro a los medios masivos de comunicación, a través de los cuales el pueblo gusta de verse representado.

En resumen, debemos situar a la historiografía regional y local en función del desarrollo político -procesos de descentralización del estado y otros-, económico -como fundamentación de sus planes, por ejemplo, el turismo- y sociocultural como representación de las legítimas y diversas aspiraciones regionales que conforman la unidad de cada uno de nuestros países y, a su vez, del conjunto de la América Latina y el Caribe todos.